

al acabar sus días, carecería del lumínar fecundo que contrarrestara las sombras densas de la ignorancia y del error.”

Si pues la Historia Universal habla así de León XIII, como Supremo Jerarca y Padre común de la cristiandad, aquilatando su gloria imperecedera; la particular de México, y especialmente la de esta Comarca eclesiástica, dan, fundadas en los hechos que aquí mismo tenemos demostrados, iguales epítetos —acomodados á nuestra civilización y presente cultura— al Ilustre Obispo de Colima; venga ahora la sana y recta Filosofía á deducir de tan verdaderas premissas, la forzosa y natural consecuencia que de ellas mismas se desprende: luego el Ilmo. y Rmo. Señor Dr. Don Atenógenes Silva, dignísimo Obispo de Colima, es grande y esclarecido por su gloria; pero aun ascenderá en cada instante de su preciosa existencia á mayores y más envidiables prominencias, supuesto que aplicando el telescopio de la deducción, descubrimos en los confines del horizonte intelectual esta verdad irrefutable: el astro de primera magnitud que en el Orto aparece brillante, llega á su Zenit heliófano y puro. ¡Ah! no tendremos la fortuna de contemplarte en todo el apogeo de tu grandeza, ¡caritativo y santo Padre de nuestro espíritu! pero con delicia inefable lo presiente nuestro corazón agradecido y que tú supiste formar, y esto basta: ¿caso el divino sueño de tan indescriptible ventura no supera, y con mucho, á las mezquinas realidades de la vida terrena, tan efímera, tan breve, tan desazonada y tan triste, y donde todo es sombra y vanidad de vanidades? Dejad, pues, á la mente exaltada esta sublime escapatoria hacia el mundo intangible de las dichas apetecidas; dejad que viva y goce pérdida dulcemente en tan inmensas como risueñas lontananzas; dejadla que apure la alegría allá en el fondo de la conciencia, antes que en el alma vuelvan á penetrar las nociones conscientes del tiempo y del espacio, arrancándola de éxtasis tan arrobador y placentero. Esta admirable fotogenia de la admiración nos engrandece, y al vivirla nuestro espíritu, va mucho más allá de los placeres de un día, celebrados entre la ilusión que se desvanece y el desengaño que se impone. Toda una tempestad de pensamientos se agitan en nuestro cerebro: los de ayer, los de hoy, los de mañana; ¿no es esto la eternidad misteriosa ó a parte pos del espíritu humano? ¡Sí! Inclinémonos, y puesto que todo tiene límite en la tierra, sellemos nuestro labio y bendigamos así al Creador y á la Criatura dignos de nuestras alabanzas: ¡el polvo de la tierra sólo animado por el espíritu divino de Jesús, llegó á conocer el lenguaje místico de la adoración debida al Hacedor Supremo!

ORADOR.

Ἀνθρῶν εἰς πρῶτον κρινόυσι
Sóphocles.

¡Te consideran el primero de todos!

I.



A labor intelectual, como gestación cohibida entre las deficiencias del espíritu y las rebeldías de la palabra humana, será en todas épocas meritísima para los ingenios preclaros, sabedores de cómo no es lo más difícil el pensar, sino exteriorizar las ideas con toda la majestad del pensamiento, y lograr, en síntesis admirable, que sea emitido éste con toda la posible perfección de su esencia misma, si se quiere que arrebate y sorprenda; y suficientemente engalanado con las exquisiteces de la dición, para que subyugue y reduzca á su imperio, así el vuelo de las inteligencias, como las seducciones del corazón. El *nil mortalibus arduum est* del gran poeta venusino, y el *labor omnia vincit* del sublime mantuano, en esta clase de empeños, nunca pasarán de unas paradojas hermosísimas; pero esto no obstante, jamás dejarán de merecer encomios, y muy elevados, los nobles justadores que en el torneo de la civilización luchan con brío por llevarse la palma de la victoria, y ora con su elocuencia en el púlpito, en la cátedra ó en la tribuna, ora con su erudición y doctrina en el libro, en el folleto, en la prensa, esa hoja diaria entregada á la voracidad del público, mejoran á la humanidad en su fatigosa peregrinación por la tierra, y la empujan, con laudables propósitos, hacia la meta de su ambicionado perfeccionamiento. No de nuestros días es ciertamente este anhelo incesante; al través del tiempo y del espacio, si tuviéramos alas y dado nos fuera recorrer las edades, desde la de piedra, hasta ésta última dé-

cada del espirante siglo de las luces, hallaríamos los vestigios maravillosos de esa lucha titánica con el obscurantismo, esculpidos en páginas inmortales, de las cimas del Olimpo, representación genuina de la civilización antigua, hasta las universidades, academias y escuelas de los más humildes centros de nuestra cultura social; bastando, sin duda, fijar la vista, aunque fuese con la eléctrica rapidez del pensamiento en ese grandioso escenario, para ver surgir, llenando totalmente las páginas de la historia de la humanidad, aquí, la nebulosa de los poetas, la pléyade de los filósofos, la falange gloriosa de los historiadores; y allá, el claustro de los eximios doctores de la Iglesia de Jesucristo, el coro sublime de los mártires de la Fé, hegemonizados ambos por los ilustres sucesores del Pescador humilde de Galilea, y sostenidos en su credo apocalíptico por las admirables elucubraciones de sus exégetas sapientísimos. Allí, las sombras augustas de los príncipes de la palabra, de los redentores de la ignorancia y de esa multitud incontable de obreros del pensamiento que día y noche cava ancho surco en la conciencia humana, para depositar en él el grano fecundo de la verdadera civilización; y acullá, los genios atrevidos que así cincelan una estrofa en el granito, como modulan con inspirados pinceles un canto de cromáticas notas ó ríman délficos himnos y tristísimas endechas, con las reducidas notas que campean en el pentágono. Pero, ¿a dónde caminamos? La memoria se fatiga con los recuerdos de tantos siglos y de tantos pueblos y de ingenios tantos; la palabra se ahita con el pasmo de esas grandezas y de maravillas tan estupendas, y la pluma se detiene acobardada, medrosa y sin aliento para acometer la empresa de levantar siquiera uno de los extremos del gigantesco manto que resguarda de las miradas profanas los hechos heroicos del pasado. Plegue, pues, el espíritu sus alas, y regocíjese, si goce puede llamarse la afanosa admiración de esta tendencia colosal del alma hacia el ideal supremo de suma perfección, que humanizada en conjunto admirable de líneas infinitas y de variados colores, de múltiples sensaciones y de dulcísimas armonías, que se persiguen, se enlazan, se combinan, se complementan y se unifican como rayos de luz en los espacios siderales, y unas veces hace que vibre nuestra mente con las notas sencillas de la plegaria, y otras la exalta con el raptó de inspiración sublime; que así arrebató el corazón con inexplicable ardor religioso, hasta los heroísmos de la fé ó las extravagancias de la superstición salvaje, como le toca y aterroriza con los horrores de la duda y el huracán impetuoso de pasiones mal engendradas y peor alimentadas y dirigidas; que nos aguijonea un día con el deseo, jamás satisfecho, de vencer los imposibles de la tierra, y otro nos estimula con el atrevido empeño de escalar por medio del trabajo y la constancia el asilo del genio, como nos humilla luego con la revelación abrumadora de nuestra pequeñez miserable, y asestando, en fin, á la soberbia petulancia del hombre el golpe terrible de *pulvis et umbra sumus*, le arroja en las tristezas del desfallecimiento, al par que le hace

comprender que si no bastan el talento para abarcar, la memoria para retener y la lengua para enumerar siquiera las deslumbradoras bellezas de la Ciencia, de las Artes y del conjunto divino de la Creación, allí está Dios, la mano Omnipotente que las hizo surgir de la nada para su gloria, y que al donarlas á sus hijos, en testimonio de su misericordia infinita, afirma nuestro origen celestial, prueba que somos sus criaturas predilectas, y nos ordena ensalzar su santo nombre como el del sólo y Supremo Artífice del Universo. Renazca, pues, en toda su fuerza aquel sentimiento de gratitud que sólo á El es debido, y conviértanse nuestros afanes á presentar en el púlpito, con sus rasgos característicos y peculiar fisonomía, á una de esas personalidades por El favorecidas con extraordinarios y prolíficos dones, al Ilmo. y Rmo. Señor Silva, el laureado Orador del Clero Jalisciense, colocado ya en este capítulo, como lo está de derecho, bajo otros muchos conceptos, en primera línea, supuesto que abríllantan su Mitra de Apóstol Evangélico, no sólo la ciencia que le ha dado facultad para contarse entre los Doctores más esclarecidos de esta Academia Pontificia, sino también la pureza, el donaire y la maestría con que maneja el dulcísimo idioma de Cervantes, cuyos son los méritos indisputables que franqueado le tienen el escaño que ya ocupa entre los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

II.

EL vizconde de Cermenin ha dicho: "Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo." ¿Pero, qué caudal de ciencia; qué conjunto de rarísimas dotes; que amalgama de circunstancias, las más veces fortuitas, no es preciso que se hallen reunidas en un solo hombre para que éste merezca sin hipérbole el hermoso título de orador completo? Pensarlo sólo, cansa el espíritu y hace que la mente recorra acelerada el vasto campo de los conocimientos humanos, y la esfera ilimitada de la vida del hombre: ciencias, artes, industrias, secretos de la inventiva, esfuerzos del trabajo, destrezas de la manufactura, comodidades del lujo, pequeñeces de la vida, juego de las pasiones, calor y vehemencias del lenguaje, actos y voliciones de la miserable existencia de la tierra; todo ese mundo heterogéneo é inextricable tiene que sostener sobre sus hombros hercúleos ese poderoso y nuevo Atlante. Pero entonces, me diréis, ¿se traspasa aquí el límite de lo difícil y se toca el lindero donde tienen cabida los imposibles morales de que nos habla la filosofía?—Es verdad; y por eso mismo, mientras la culta Grecia cuenta por series numerosas á sus estadistas, á sus legisladores, á sus guerreros, á sus filósofos, á sus historiadores, á sus naturalistas, á sus poetas, á sus

dramaturgos, á sus pintores, á sus escultores y demás celebridades conspícuas, sólo una figura se destaca en aquel emporio, digna del excelso nombre de sacerdote de la palabra, Demóstenes el incomparable! Roma, la señora del mundo antiguo, no puede vanagloriarse más que de Cicerón el sublime; Francia, con todo y ser el cerebro del mundo moderno, sólo nos da estos medio-perfiles: en la tribuna parlamentaria, bajo la Asamblea Constituyente, Mirabeau, y Dantón, bajo la Convención; Napoleón en los campos de batalla, bajo el Consulado y el Imperio, y Bossuet en la Cátedra del Espíritu Santo; y la poderosa Albión, allá en los horizontes de la oprimida Irlanda, al tribuno del pueblo, á O'Connell el irresistible, pasmosa espontaneidad de la naturaleza virgen lanzado á la lucha por el vigor del genio para quien las pasiones constituyen el más provechoso estímulo. ¡Qué dinastía tan poderosa, tan descomunal; pero tan prodigiosamente estéril la del Orador...! ¡Dos soberanos únicos se dividen el vasallaje de la antigüedad! Y en la Edad Media, y en la época contemporánea, precursores de una idea, caudillos de una causa, legionarios de un progreso, abanderados de una civilización concretada á un solo ramo de los conocimientos humanos, son los que se nos presentan aquí y acullá, en los anchurosos dominios de la Historia. ¿Pero en dónde está el sucesor legítimo del ilustre asesinado en Formies? Ah! envano le buscaréis, porque en esa jerarquía soberbia las medianías no reinan jamás; son como los hermanos desventurados del Sultán de Turquía, mueren, como príncipes de la sangre real, entre el estruendo de las ovaciones al Gran Señor, para asegurarle la estabilidad de su imperio y la omnipotencia de su poder autocrático, ya que de todas las dictaduras, la única incuestionable es la del verdadero genio!

III.

AQUI también en nuestra patria, y en este hermoso Estado, tan culto y tan floreciente, abundan las celebridades: los literatos, los eruditos, los hombres de ciencia; prosadores elegantes y atildados; poetas, algunos de rápidos y altísimos vuelos; togados del periodismo de "ese foro universal y cotidiano de las pasiones populares" como le llama un gran publicista contemporáneo; artistas, en fin, de la palabra, de tan dulce voz como armonioso acento, aunando la sinfonía del periodo con la verbosidad luminosa del pensamiento; pero oradores, eso no. "El dios interior, ese dios de la Pitonisa que oprime y agita," no le han sentido en sus espíritus más que uno que otro: los elegidos, los predestinados, los favorecidos por la voluntad providencial. Para ello es preciso poseer la firmeza de las convicciones, la magnanimidad de la acción, el poder eléctrico de la frase, la in-

corruptibilidad del talento y el heroísmo de la palabra. Tener la seducción irresistible del estilo hablado, dando á cada elemento ideológico-fonético el perfil apolono de una pieza de escultura clásica, siendo su autor á la vez el Fidias de la palabra y el Hércules de la Filosofía. Armarse de valor y entrar vigorosos á la lucha. Y en tan difíciles torneos, ¡cuán pocos han tenido alientos para arrastrar con soltura y gallardía la clámide color de púrpura! Porque como ha dicho muy bien un crítico eminente: "hay dos hombres muy distintos en cada orador: el hombre de fondo y el hombre de forma, el hombre del principio y el hombre del discurso." En otros términos: ciencia de la palabra y ejercicio correcto de la misma: substancia y cualidad, que sumadas con arte dan esta unidad sobresaliente: elocuencia. Ella ha tenido entre nosotros, durante esta última centuria, soldados decididos, que en sus órdenes diversos, se han entregado con ahinco á la práctica de tan noble ejercicio, y merecido algunos el honroso ascenso á Jefes de su legión: la elocuencia didáctica, nos presenta á un Juan Cayetano Portugal, á un José María Nieto, á un Mariano Guerra, á un Agustín de la Rosa y á un Ramón López, en Filosofía; á un Pedro Espinosa, á un Juan Nepomuceno Camacho, á un Pedro Cobieya, á un Germán Villalvazo, á un José María Portugal y á un Florencio Parga, en Teología; á un Juan Nepomuceno Cumplido, á un Agustín Rivera, á un Miguel I. Izquierdo, á un Miguel Baz y á un Felipe de la Rosa, en Derecho y sagrados Cánones; á un Crispiniano del Castillo, á un Plutarco Garcíadiego, á un José de Jesús Camarena, á un Andrés A. Terán, á un Jesús López-Portillo, á un Hilarion Romero Gil y á un Francisco J. Zavala, en Jurisprudencia; á un Pablo Gutiérrez, á un Leonardo Oliva, á un Martín Polanco, á un Carlos Uribe, á un Salvador Garcíadiego, á un Fortunato Arce y á un José María Benítez, en Medicina. La elocuencia parlamentaria, tiene sus representantes en los J. Ramón Pacheco, en los Juan de Dios Cañedo, en los Juan José Romero, en los Mariano Otero, en los Ignacio Silva y en los Emeterio Robles Gil; la del Consejo de Estado, se enorgullece de los Valentín Gómez Farías, de los Juan José Caserta, de los José Luis Verdía, de los Jesús Camarena, de los Celso Cevallos y de los Mariano Coronado; y la oficial se escuda bajo estos nombres dignos de imperecedera recordación: ¡Prisciliano Sánchez, Joaquín Angulo, Ignacio Herrera y Cairo é Ignacio Luis Vallarta! La elocuencia del Foro se halla regentada, por los José María Verea, Juan Zelayeta, Esteban Alatorre, Joaquín Castañeda, Francisco O'Reilly, Heraclio Garcíadiego y David Gutiérrez Allende: la de la prensa, por un Clemente Sanromán, un Ignacio Pío Villanueva, un Manuel Mancilla, un Rafael Arroyo de Anda, un José María Vigil, un Luis Gutiérrez Otero, un Antonio Zaragoza y un José López-Portillo y Rojas; y la del púlpito... Ah! en esa tribuna sagrada tan diversa de sus congéneres por la marcada antinomia de su carácter, la sublimidad de su misión y las diferencias características de lugar, persona del orador y auditorio, vemos